

*LA CIUDAD HOSTIL:
IMÁGENES EN LA LITERATURA*

Eugenia Popeanga (coord.), Alba Diz, Edmundo Garrido
y Javier Rivero (eds.) Editorial Síntesis S.A. Madrid, 2015, 216 pp.
(ISBN: 978-849-077-0610)

Marta Iturmendi Coppel*
Universidad Complutense

El modelo cultural de la ciudad hostil es el eje conductor de los quince artículos que conforman esta publicación; resultado de la puesta en común de las reflexiones surgidas en el seno del grupo de investigación Gilave: «La aventura de viajar y sus escrituras», un colectivo que ha centrado sus esfuerzos en analizar la relevancia del discurso urbano en la ficción literaria. El diverso enfoque de las aportaciones (sociología, geografía, crítica literaria, arquitectura, urbanismo...) tiene como resultado una obra heterogénea y de marcado carácter interdisciplinar. La posibilidad de abordar la hostilidad del discurso urbano desde ciencias tan dispares pone de manifiesto tanto la fecundidad como la versatilidad de este modelo cultural; dos cualidades que, sin duda, tienen su reflejo en la estructura de la obra, dividida en cinco partes.

La primera parte —titulada «El espacio urbano como generador de hostilidad»— viene precedida de una breve introducción en la que se exponen las dos funciones de la ciudad destacadas por su valor estético: «la ciudad como entorno que a un tiempo acoge y repele» y «la ciudad personaje que llega a confundirse con los literarios, condiciona conductas, produce sentimientos o devora de forma monstruosa» (9)¹. A la introducción le siguen tres artículos; el primero, «Procesos de pérdida de identidad y de lengua en el espacio urbano» de Diego Muñoz Carroble, constituye un acercamiento a la multiculturalidad de la urbe posmoderna desde la sociolingüística. A continuación las interesantes aportaciones de Eugenia Popeanga, coordinadora de la edición, y José Prada Trigo, perfilan con exactitud las características que configuran el modelo cultural en torno al que gira la publicación.

* Dirección para correspondencia: martaiturmendi@ucm.es

1 Todas las citas corresponden al libro reseñado, por lo que solo se indicará el número de página.

Además, Eugenia Popeanga, realiza en su artículo: «De la ciudad hostil a la ciudad sin atributos», un logrado repaso histórico del valor otorgado al espacio urbano que le sirve para alcanzar conclusiones muy interesantes:

De la hostilidad arquitectónica a la social, política e histórica, la ciudad protagoniza la narración e interviene en el comportamiento de los personajes. La ciudad posmoderna, carente de eje temporal, se fragmenta en multitud de ciudades paralelas, llevando cada cual, máscara diferente en un juego en cuya historia incluso la hostilidad se vacía de contenido. La ciudad moderna, ciudad de ilusiones, se convierte en la ciudad de las apariencias (45).

La segunda parte del libro lleva el título de «Marginación, pobreza y muerte en las ciudades españolas» y en ella Carmen Mejía Ruiz analiza el imaginario urbano asociado a Vigo y Ourense en las obra de dos escritores gallegos: Fran Alonso y Diego Ameixeiras. A continuación, Jean-Pierre Castellani hace lo propio con Madrid y Valladolid en la narrativa de Francisco Umbral y, por último, Juan M. Rivera Llopis reflexiona en torno a uno de los subespacios urbanos más polivantes: el teatro, en particular, el Liceo de Barcelona.

De las ciudades españolas, el libro da el salto a Europa. Así, en la tercera parte: «Guerras, crímenes y sueños desmesurados: ciudades europeas», Pilar Andrade Boué se adentra en la ciudad de «París como distopía en el cine y la literatura franceses»; mientras que tanto Alba Diz Villanueva como Bárbara Fraticelli optan por dirigir su mirada hacia la ciudad de Bucarest, aunque desde distintas perspectivas. La primera trata la convivencia *con* la capital de Rumanía en una obra concreta de Mircea Cartarescu: *Cegador*; mientras que Bárbara Fraticelli elige la obra de Cezar Petrescu para reflexionar sobre la hostilidad urbana que se refleja en las grandes novelas rumanas de la primera mitad del siglo xx.

Sin embargo, no todas las ciudades que se tratan en el libro son esplendorosas capitales europeas, ya que Rodrigo Guijarro Lasheras dedica su artículo a la hostilidad de Chamrouche en *Solo de Viola* de Antoine Volodine; una obra en la que «la sombra de la ciudad, omnipresente, desempeña un papel fundamental en el desarrollo de la trama, la caracterización de los personajes y, en definitiva, la interpretación del texto» (150). Llama la atención cómo la heterogeneidad de esta obra permite pasar de Volodine a Stieg Larsson, a cuya protagonista de su trilogía *Millennium* dedica Juan José Ortega Román un artículo titulado «Héroes urbanos y marginados sociales: Lisbeth Salander, una (súper)heroína moderna». También sobre el género negro versa la aportación de Rocío Peñalta Catalán: «Venecia, escenario del crimen»; en la que establece una interesante comparación entre la representación de esta peculiar urbe en las novelas de Donna Leon y las hostilidades cotidianas a las que se enfrentan los habitantes de la ciudad de los canales.

Finalmente, la cuarta y última parte del libro —titulada «Viva la violencia: ciudades de América Latina»— supone un viaje de Brasil a Colombia a través de los artículos

de María Victoria Navas Sánchez-Élez: «El infierno en la *Cidade de Deus*» y Javier Rivero Grandoso: «Medellín como espacio de la sicaresca en *La virgen de los sicarios* y *Rosario Tijeras*». Y es que mientras la primera aborda la inauguración de la «literatura de favela» por Paulo Lins, autor de *Cidade de Deus*, una novela publicada en 1993; Rivero Grandoso se adentra en los «espacios de la narcogeografía» propios de la sicaresca, un término que engloba las «obras literarias y cinematográficas que se centran en el ambiente del narcotráfico colombiano y, sobre todo, en la proliferación de jóvenes asesinos a sueldo» (198).

El broche final a esta obra monográfica en torno al modelo cultural de la ciudad hostil lo pone un epílogo firmado por Juan Madrid bajo el título «Toni Romano y la ciudad posmoderna»; en el que el reconocido escritor elabora una brillante reflexión en torno a la «cartografía del desorden» del Madrid posmoderno por el que se mueven sus personajes para concluir que:

En estos momentos, aceptando la pluralidad de la oferta literaria, se le niega a la literatura la posibilidad de intervenir críticamente sobre el desorden y los desórdenes de la ciudad posmoderna, contra el discurso oficial de ciudad terminada, donde solo hay un discurso posible, una verdad, un mercado y un ejército, patrulla global policial de este final de mundo feliz (216).